

GRODECK

El enfermero Zweig se detuvo ante el imponente edificio que albergaba el Mando Central del ejército Austro-Húngaro en el frente de la Galitzia Oriental.

Inspiró con toda la fuerza de la que fue capaz en un último intento de calmar ese comecome que le devoraba el estómago desde que recibiera la orden de la máxima autoridad médico militar para que se presentase ante el Coronel Hess y se acompañase de ciertos documentos que obraban en su poder, y que pertenecían a un soldado fallecido días atrás por una sobredosis de su medicina en el Manicomio de Cracovia. Exhaló con prolongado ruido el aire vaporoso que segundos antes, frío como un cuchillo, le había traspasado las entrañas, sin haber conseguido ni por asomo calmarse un poquito, sino más bien pensó que, ocurriera lo que le ocurriera, bien ganado le estaría por metomentodo, pues ¿qué le importaba a él aquellos papelotes emborronados por una mano casi de mujer perteneciente al cuerpo enclenque de un joven sanitario de farmacia salzburgués que, en las primeras semanas de refriegas contra los rusos, había acabado con el demonio dentro?. Y para más inri, de todo aquello que para sí requisó del muerto - costumbre esta muy extendida en tiempos de guerra - apenas si podría aprovechar un pantalón, ya que de todos los papeles, pese a conservarlos sin saber muy bien por qué lo hacía, poco había descifrado de una letra casi ilegible que refería a contenidos aún mas

ininteligibles para una mente como la suya adiestrada parcamente en las cuatro reglas.

Así pues, encomendándose a su suerte, se dispuso, más o menos decidido, a cruzar el nevado patio de armas en dirección a los despachos del Coronel Médico Hess.

- ¡ Adelante enfermero Zweig ¡ - tronó imperativo el maduro vozarrón de aquel psiquiatra vienes metido a coronel por las circunstancias de la Historia.

Zweig mantuvo como mejor supo la posición de firmes de su cuerpo, sintiendo como su corazón propinaba furibundos golpetazos a aquel cuadernillo de desgastadas tapas duras que bajo la guerrera del uniforme traía consigo

- Mala cosa para el cumplimiento del deber es no informar a sus inmediatos superiores de todo lo que ocurre en el pabellón de esos pobres desgraciados de psique y alma rotas, y tener que, nosotros, sus superiores, informarles de cuál es el correcto cumplimiento del deber. Presente aquello que se le reclama.
- Mi coronel, no era intención la mía el no cumplir correctamente con mi deber, sino más bien trataba de salvaguardar dichos objetos que ahora se me reclaman, hasta la hora de presentarlos a la Autoridad pertinente - entonó Zweig menos convincente de lo que esas palabras le habían sonado en su cerebro segundos antes de haberlas pronunciado.- Aquí tiene usted, mi coronel, este

CERTAMEN
JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

cuaderno negro y unos papeles sueltos entre sus páginas. Eso es todo lo que el paciente Georg Trakl tenía en la hora de su deceso.

- Bien, muy bien, la enmienda de un error retrotrae la existencia de éste a su inexistencia debida. Recuerde esto por siempre Zweig. Por cierto, hágame un breve resumen del contenido de esos escritos y así ahorre trabajo a los cansados ojos de su coronel.

Zweig se sintió morir creyendo que, cuando tuvo tiempo, debía haber intentado leer aquello en previsión de que sucediera lo que estaba sucediendo. Y viéndose perdido, optó, después de tantos años, por hacer caso a lo que de niño le exigía su madre, y dijo la verdad:

- Señor no puedo ahorrarle trabajo a sus ojos puesto que apenas entendí los garabatos que tenían esos papeles. Lo siento.

Mirando fija y escrutadoramente aquella palurda faz enrojecida por el frío, el Coronel Médico Hess, se convenció de lo que el enfermero le decía, y le ordenó retirarse a su puesto.

- Un momento Zweig – interrumpió en seco la marcha del sanitario.
- Diga señor
- Puede quedarse sin remordimientos con los pantalones. El invierno está siendo duro.

Cuando Zweig cerró tras de sí la puerta de aquel despacho, todo: la nieve, el frío, incluso los locos y la guerra, le parecieron cargas más llevaderas.

- Al parecer dice la verdad y no ha leído o no ha entendido nada de todo esto, Señor – comentó Hess dirigiéndose hacia un ángulo del despacho, oscuro, casi invisible por la penumbra sólo rota por bocanadas de humo de tabaco, mientras pasaba de corrido las hojas del cuaderno.
- Eso parece, y más vale así. En cualquier caso, vigilaremos al tal Zweig, pues algo tan importante para el desarrollo a nuestro favor de esta contienda no debe de dejarse al azar de cabos sueltos. Ahora, si no le importa a usted y a sus cansados ojos, proceda a leer los papeles de ese drogadicto degenerado.

Hess carraspeó y, alisando sobre su escritorio las hojas sueltas que de entre el cuaderno había sacado, comenzó la lectura de lo que sin duda era una carta:

" Agosto 1914 Camino de algún lugar de la Galitzia Oriental

Alma mía:

Todo se va quedando atrás de una forma agradable y silente, todo menos tú, dulce Grete, sangre mía, mi rosado ángel.

Ya el rebufo y el frufú de los vestidos de aquella severa mujer que se nos decía madre no se me aparecen, gélidos en su figura, en mitad de mi más sagrada intimidad que son mis sueños, donde la gran culpa de quienes hemos nacido se abandona en la ribera de la vigilia para poder sumergirnos como niños desnudos en las tranquilas aguas de nuestro descanso.

También, a la vez que este tren que nos lleva inmenso en su fortaleza de acero y, metro a metro, va partiendo en dos estas frescas y hermosas tierras, y va haciéndolas pasado, voy yo, sin dejar de amarte, aprendiendo a hacerlo de otra manera, sin necesidad de buscar el cariño que siempre me ha faltado en la complicidad de tu carne, sin la necesidad de, cada vez que tú me completabas, tener que purgar, expiar, redimir ese sentimiento que se me había tornado en las entrañas agua sucia de oscura cloaca invadiendo mis venas, regando generosamente lo más hondo de mí...

Y así, desde que partimos de nuestra amada Austria, no he tenido que aplicarme en el brazo mis conocimientos farmacéuticos para apaciguar aquellas tortuosas sensaciones, ni otras que se me hayan presentado... por el momento.

Desde que nuestro bienamado emperador se viera obligado a declarar la guerra a Serbia, y por ello, también a quien la protege, el Zar de todas las Rusias, y todos nosotros, todos los bien nacidos en las

generosas tierras de la Austria- Hungría, ofrecemos nuestra vida y esfuerzo a la noble causa de esta guerra, me siento limpio y enaltecido mi espíritu, y siento tan lejanas e irreales mis crisis y mi mirarle a los ojos a mi propia imagen en el espejo de la muerte, que aquella maledicencia en calidad de apodo, "Trakl el cerdo", se me antoja, en este luminoso presente, como una bruma más de una irrealidad pretérita.

No te puedes imaginar, alma mía, como durante estos postreros días de Agosto, me ha ido fecundando la Felicidad, cómo la camaradería entre iguales que persiguen un bien común, puede curar, endurecer y ennoblecer las almas de los hombres.

Espero de mí, sinceramente, estar a la altura del deber que la vida me ha impuesto, y si de paso, tanta gloria y vida al límite de la épica, pudiera aprovecharse para cincelar hermosos versos en la piedra de la posteridad, tanto mejor, pues no todas las generaciones están bendecidas con la oportunidad de pulir el espíritu de todo un pueblo en una Guerra Justa como ésta.

Soy feliz y me siento útil (aunque bien mirado, perteneciendo al cuerpo de sanitarios, cuanto menos utilidad me sea requerida tanto mejor para nuestros muchachos).

Se despide por siempre alma tuya

Georg

P.D: La presente, la franquearé a tu dirección de Berlín en cuanto se pueda y sepa dónde hacerlo. Entre la tropa se rumorea que nos

dirigimos a la región de Lemberg donde nos "esperan", es un decir, los rusos.

No sé si te podré mandar más cartas, por ello, prometo, para no privarte de nada de lo que mis ojos vean, ir anotando un diario o algo parecido, que iré convirtiendo en los ratos libres, Dios mediante, en amenos relatos para ti, dulce Grete, mi rosado ángel."

XXXX

No llega a una semana desde el día en que nos apearon del tren en esta fértil parte de la Galitzia y todavía no se ha podido organizar el correo civil y privado de la tropa, pues son otras las prioridades que nos ocupan.

La impaciencia domina mi deseo de comenzar a enviarte mis primeras impresiones de todo lo bueno que me está ocurriendo. Me han encargado la organización del botiquín del campamento y me he propuesto que ésta sea la prueba de fuego que avale mi absoluta recuperación del Infierno de Morfeo y sus otros adláteres. Además, el continuo trabajo de intendencia y la exuberancia de estos paisajes nos tienen tan ocupados que sólo queda tiempo para sentirnos dichosos.

Anocheciendo

Sigue preocupándome el no poder todavía enviarte la carta que tengo escrita y la manera de conservar mi cuaderno del ajetreo del día a día y de la posibilidad de un tiempo inclemente con las lluvias. Según los rumores, tan cerca tenemos al enemigo que el viento de levante nos podría traer olor a ruso, sin embargo, la tropa trabaja, come y duerme con no más preocupación que la que tendría un niño vísperas del domingo.

XXXX

Se va endureciendo el trabajo. Puede ser que, acabándose Agosto, intuimos cerca el invierno por la fugacidad que los otoños tienen por estas tierras, y antes han de venir las lluvias. Pero lo que realmente ocurre es que se han acelerado los trabajos de cavar trincheras, amontonar túmulos y crear refugios, y en nuestro ser preveemos próximo el combate.

Sin duda, lo que me sucede es que al no tener heridos que cuidar ayudo con la pala y el pico y mi quebradiza figura se resiente. Sin embargo, acabo tan cansado que la oscuridad de la noche me resulta tan agradable como el color del vino.

XXXX

Mis primeros "clientes" llegaron esta mañana - casi mediodía -.

No tienen heridas de arma de fuego, nada visible a excepción de un negror extraño que pinta sus labios y el frío azul que denotan sus rostros. No son producto de ninguna acción de combate.

"Están sólo enfermos" dicen secamente los oficiales médicos.

Apenas hablan y son atendidos por separado. Morfina y más morfina es su cura.

Tarde

Un capellán militar católico, enjuto y menudo, les ha visitado, uno por uno ha intentado consolarles. Les toma la mano e inclinándose les susurra al oído. No creo que sirvan de mucho sus palabras, pues es tanta la morfina que llevan dentro que nada entienden; sólo sienten un blanco calor de un sol de invierno que corona el cielo de un Reino mucho más allá del terrenal.

XXXX

Dos de mis "clientes" murieron de madrugada. El capellán estaba con ellos..., susurrándoles.

Los restantes aullaban como lobos acorralados y apenas me dejaban buscarles las venas, pero Morfeo es mejor que la lira de Apolo para amansar a las fieras.

Llevo todo el día meditando en los alaridos de esos hombres y en el sufrimiento ajeno en comparación con el propio, y ambos producen dolor. La única diferencia es que del propio sospechas sus causas y

CERTAMEN
JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

su devenir, aunque no atisbes remedio; mientras que el ajeno , además de dolerte, te confunde, pues no conoces su raíz más profunda de donde proviene y se alimenta, y eso imposibilita ese mínimo de consuelo que cabría en el pensar cómo evitarlo, y ya no hablo de dolor físico.

Madrugada

Se me ha trastornado el dormir. Sueño con mis "clientes", pero no con sus figuras ni sus rostros sino con sus gritos. El sueño consiste en que sus aullidos se codifican y se descodifican en una suerte de lenguaje que sólo entiendo yo pero que no puedo hablarlo, lo cual me angustia.

He dado un paseo por el campamento para relajarme. Hay Luna llena y me acuerdo de ti.

Todo está preparado. La tropa duerme, pero su sueño ya no recuerda al de los niños.

XXXX

Nos trasladan a primerísima línea del frente. Movimientos de tropas rusas. Nos llevan a un lugar llamado Grodeck.

XXXX

Llevaba varios días sin escribir, tantos como los que van durando los combates; y es que transcurren los días tan iguales en

desesperación, miedo y mortandad que tiene uno la sensación de que sólo han pasado unas pocas horas.

Nunca fui trascendente a la manera tradicional en que nos enseña el cristianismo, es decir, siempre dudé en almas y espíritus como cosa existente en la tangibilidad física.

Pero después de atender en el hospital a decenas de camaradas, las dudas se me han despejado. Los cuerpos de soldados con las tripas de fuera huelen a estercolero e inmundicia cuando el intestino grueso ha sido perforado y libera el desecho de la materia; los huesos astillados se abren paso hacia el exterior desgarrando los músculos y tendones que los recubrían; las piernas amputadas, de prisa y corriendo, mal midiendo el cloroformo de la anestesia por la urgencia y sobrecarga, lo cual desemboca en un despertar del "cliente" a mitad de serrarle el hueso, se amontonan en un rincón de este improvisado hospital dentro de un granero para, cuando hay tiempo, quemarlas, conformando una hoguera digna del sueño más profundo de la razón.

Ante este panorama, dentro de esos cuerpos destrozados resulta indecente buscarle cualquier acomodo a la idea de alma en sí.

El soldado mutilado escupe virulentamente su agonía en el idioma del cerdo en la matanza.

Madrugada

"Grande es la culpa del que ha nacido"

XXXX

¿Dónde estás Ares, dónde emboscas toda tu ponzoña? ¿Dónde la humanidad de esta muerte invisible en su llegada desde el cielo, que nos revienta los cuerpos en estas trincheras como ratas en sus madrigueras? ¿No habrá oportunidad siquiera de mirar a la cara de quienes sin saber quiénes somos nos administran de lejos balazos con el beso último? ¿No habrá lugar al sabor de la gloria que por sacrificar nuestros mejores días nos prometieron aquellos que a salvo están en Viena?

XXXX

Hasta la lluvia se pone en contra de toda idea de belleza: estéticamente impresionan muy poco los cadáveres embarrados.

XXXX

"Ramera que entre escalofríos alumbraba
una criatura muerta".

Estos versos acuchillan sin descanso mi cerebro y se acompañan con el ritmo de las explosiones de la artillería sobre nosotros, la cuál no sabemos si es la rusa o la nuestra. En esta guerra nadie sabe a ciencia cierta si estamos atacando o nos defendemos, o si todo es un ir a la contra de lo que están haciendo los de enfrente.

XXXX

Ayer, mamá, te vi en mis sueños: tus ojos fríos como el vidrio me escrutaban, tu mustia boca me sonreía mostrándome sus desnudas encías... Tu mortaja harapienta descubría unos enormes pezones sobre los senos marchitos...y tus gélidos dedos descarnados aferraban mi sexo en una dolorosa masturbación.

Anochece

He menguado una dosis para un herido y así poder consolar al demonio que me habita.

Firma

Trakl el cerdo

XXXX

"En aromas de clavel llora el viento en la tarde"

XXXX

Más enfermos con los labios tatuados de noche. Por las prisas, la numerosa clientela y la falta de espacio que tenemos, los hemos instalado junto a los demás.

Sólo el menudo capellán militar anda por entre ellos, susurrándoles y recogiendo sus efectos personales se hace cargo de su bienestar interior al darles a entender que hay una esperanza de que salgan de ésta y para entonces les devolverá sus cartas, sus fotos, su tabaco....

Lo que no saben los pobres es que, desde que empezó esa enfermedad, ninguno se ha salvado de la muerte. Lo que tampoco

saben es que su tratamiento es una bendición para la torturada alma del Cerdo de Tralk.

XXXX

Todo marcha mal. Los rumores extendidos entre la tropa hacen mella en su moral. Según se dice, la gran ofensiva rusa está a punto de desencadenarse tras el fracaso, una y otra vez, de las nuestras.

Nuestros mandos ante la imposibilidad - ¿o tal vez es incapacidad? - de matar enemigos, se dedican a, en pleno y yermo mes de Septiembre, hacer que de los árboles pendan, en vez de sus naturales frutos, aldeanos y aldeanas acusados de un delito escasamente definido en cualquier código penal, aun siendo el militar: "Rusófilo".

Todo esto me suena a política de tierra quemada, primer y siniestro paso de la retirada de la "Grande Armeé".

Estoy cansado, muy cansado. Son ya no sé cuántos días con sus noches los que llevamos inmersos en esta matanza. Esta tierra de nadie que queda entre ellos y nosotros, el día de mañana, cuando todo acabe, será rica en amapolas, pues tanta es la sangre de la que se ha embebido que otra flor no puede nacer de ella.

Apenas puedo dormir. No sólo porque no hay tiempo para ello puesto que deambulo de un cuerpo a otro - o mejor dicho, de lo que queda de ellos - inyectándoles morfina a discreción para que al menos, engañando así su dolor, les venga algo de descanso.

Tengo la esperanza de que algunos, ójala que cuántos más mejor, no aguanten las dosis y se les pare el corazón tras ese dulce sopor que Morfeo administra, pues no quiero imaginarme hasta que punto reinará el padecimiento entre estos desgraciados cuando este opiáceo escasee.

Me decía que no duermo no sólo por tanto trabajo como hay, sino también porque cuando el cansancio me vence y, aun creyéndome que estoy despierto, en realidad duermo, la pesadilla en la que me hundo es horrible: pues me parece la Tierra entera no redonda sino plana, con el tacto de su suelo, de sus mares, de sus montes, como de mármol blanco bien pulido...Y la humanidad, infinito número de hombres desnudos, tumbados y amontonados sobre el frío del mármol. Y de pronto sangre, vaporosa y caliente, en contraste con el gélido albor por el que se derrama, silente y despaciosa. Yo lo veo todo presa del pánico y grito hasta llevar a la rotura mi garganta cuando descubro que entero el mundo ha tornado en inmensa mesa de autopsias y, uno tras otro, como el ocaso y el alba se suceden conformando el infinito, pasan los hombres por ella para ser obscenamente desviscerados.

De súbito, despierto para ahuyentar la pesadilla y asentarme en la realidad de ésta otra.

He decidido no dormir y, en vez de con sueño, alimentaré mi sangre y mi cerebro con la inflexible neutralidad de la cocaína.

Noche

Sobre quejas, lamentos, súplicas y delirios que cargan el ambiente del granero hospital de una musicalidad atroz, fuera, un alarido cortado en seco por el sonido de un disparo, ha llamado mi atención.

Un soldado, de rodillas, con el tronco totalmente vencido hacia atrás, contra el suelo, se había pegado un tiro con su mosquetón, llevándose la bala por delante parte del cráneo y dejando solamente sobre los hombros lo que parece media sandía en grado sumo de maduración, rayando lo putrefacto.

Le he mirado fijamente al ojo que le ha quedado y atisbo en su pupila el alivio que se siente por hacer uno mismo lo que antes o después le habrían hecho unos desconocidos.

Siento envidia de su valor y de su carne inerte.

Me pregunto si tenía madre, novia, en fin, familia y esas cosas que se obliga uno a preguntarse en estas situaciones....

XXXX

"Amo mi perdición: cultivo ortigas"

XXXX

Como me temía, la morfina comienza a acabarse.

Los rusos nos están dando duro, pero matan poco. Según se dice, este es el fundamento de la guerra moderna: dejar mutilados que supongan una carga para la logística de retaguardia, advirtiendo al

soldado indemne de lo que le puede pasar y animando así las deserciones en masa. Pero de matar y ahorrar trabajo y problemas, esta guerra de eso no entiende.

Los oficiales médicos andan preocupados, no saben que hacer con esos pocos soldados de labios negros y rostros azulados, que después de tantos días de aguja en la vena se han convertido en delirantes adictos que vociferan, ora rien, ora lloran, tal que bebés hambrientos y desesperados por sentir entre sus labios el rosado pezón materno que segregue el elixir calmante.

Entre grito y grito, continentes a veces de inconexas palabras, estos "enfermos" tosen hasta el ahogo y se les inunda las comisuras de la boca con sanguinolenta saliva.

No desearía que la tuberculosis se pusiera del lado del Zar Nicolás II.

XXXX

"¡Mátame, por favor, camarada, mátame si tienes corazón, por Dios Santísimo!" me chillan, me aprisionan con sus manos, tensas, portadoras de un sufrimiento que les proporciona una sobrehumana fuerza que concentran en mi brazo para que no escape a sus súplicas, pues ésa es ya la única salida que le queda a un oficial de farmacia sin fármacos. Escapar, deshacerse de las tenazas de sus manos, huir de sus interrogantes miradas, tratar de abstraerse de esta galería de los horrores, de este picadero de carne...

No muy lejos, rítmicas series de estruendos tabletean un cielo de hierro y baten toda la línea de trincheras. Algunos veteranos, ya acostumbrados y armados de un cínico sarcasmo, bromean diciendo que parecen las salvas artilleras en celebración del cumpleaños del Viejo Francisco José, pero como si cumpliera 1200 años cada día de esos 1200 años.

Tanta artillería sólo puede implicar más y más ojos mirando el techo del granero o mirándote como preguntando "¿Qué está realmente pasando? ¿Qué hemos hecho para merecer esto?"

Tratando de dejar atrás la pesadilla, buscando la soledad de mi tienda y la fuerza moral de mi jeringa; al alcanzar la puerta he arrollado al misterioso y enjuto capellán que en esos momentos entraba al granero. Pidiéndole disculpas mientras le ayudaba, he notado algo raro. Para ser hombre dedicado a la salvación de las almas, me ha costado trabajo levantarlo del suelo. Cogiéndole del brazo mi mano han palpado músculos fibrosos y, mirándole más de cerca, su sotana, sin dejar de ser negra y con alzacuellos, despedía cierta prestancia marcial un tanto fuera de lugar para un soldado de Cristo.

No ha hablado pero sí me ha clavado sus ojos con tal energía e intimidación que no podría recordar el color de su iris. Ahora que me paro a pensarlo para ver si encuentro palabras que dibujaran su rostro, tengo la certeza de que no puedo. Tan sólo, además de la electricidad de su mirada, me queda en la memoria de ese

encontronazo, una poblada barba – supongo que para protegerse del frío – que parecía ocultar el tramo final de una lívida cicatriz iniciada bajo un pómulo y que avanzaba en diagonal hacia la barbilla...o eso me pareció, no estoy seguro.

Antes de cerrar la puerta, volví la cabeza, y aunque yo ya lo sabía antes de verlo, mis ojos lo encontraron en la "zona enferma", entre las camas de aquellos desdichados que se iban muriendo despacio pero eficientemente, y siempre con el susurro de aquel hombre en sus oídos.

XXXX

"De Dios bebí silencio
en la fuente de los bosques.
Un metal frío deja huella en mi frente.
Mi corazón lo buscan las arañas.
Hay una luz y se apaga en mi boca.
De noche me encontré en un matorral
enraizado de escoria y polvo de estrellas.
En los avellanos
sonaron de nuevo ángeles cristalinos"

XXXX

No hablo casi con nadie. Las hojas de este cuaderno son como un espejo que reflecan la parte ausente del intento fallido de transformar un monólogo en cosa de dos.

Intento escribir no ya con finalidad artística, no ya con el anhelo de posteridad, sino para ayudarme a mantener el último vínculo que me une a la realidad ordenada y común del resto de los hombres.

Ese fino y frágil hilo de Ariadna que permite que aún pueda orientarme – aunque malamente – dentro de este laberinto de Creta que resulta esta absurdidad, es la Literatura.

Pero, si continuamente la Parca proyecta cerca de ti su sombra nada más salir el sol; si continuamente, para resistir he de invocar la magia del émbolo que me inyecte la necesaria indiferencia que me permita no inmutarme cuando delante de mis narices jóvenes austriacos, semanas atrás, enteros sus cuerpos e incólumes sus sueños, se están volando la tapa de los sesos que incluso salpican nuestras batas...¿Qué hilo puede seguir siendo capaz de resistir y de mantener unidas las costuras del traje de la razón?¿Acaso la Literatura?. Ante estas circunstancias, el hombre debiera mantener un respetuoso silencio per secula seculorum; mas mi problema es que no puedo, ni lo uno ni lo otro.

Amanece

¿Cómo no haber caído antes, cómo?

Igual que "La carta robada" de Poe, nada mejor ni más eficaz que, para ocultar algo, es no esconderlo; acostumbrar la vista diariamente a ver ese algo hasta que la cotidianidad y el hartazgo de su visión lo camuflen en la normalidad y le haga pasar desapercibido.

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

Pero ¿y si no hay nada que ocultar? ¿Acaso, yo, un Magister der Pharmazie por la Universidad de Viena, que además ha experimentado el Infierno, se le ha de pasar por alto que cualquier periodo de abstinencia de una sustancia tras una prolongada adicción a ella no provoca alteraciones en las funciones cognitivas del cerebro, produciendo incluso alucinaciones y recreación de verdades irreales?

Mas, encajando lo que a todas luces hasta ahora resultaba ajeno a la lógica, como que los primeros "clientes" fueran enfermos de una enfermedad que los médicos no diagnosticaban y cuyo único tratamiento sólo fuese el atontecimiento a base de droga de unos pacientes casi siempre aislados del resto, con lo revelado ahora, todo conforma una unidad con cierto sentido que desmonta de un golpe el artificio de esa oscura leyenda que entre delirio y tos recorre la "zona enferma".

Pero, ¿cuánto obedece a la impresión real que lo supuestamente visto ha grabado en la memoria, y cuánto hay de lo que el inconsciente haya podido inventar?

Todos coinciden, no obstante, en que ocurre con el abrigo de la oscuridad, pero divergen en que unos lo sitúan anocheciendo y otros en la amanecida. El caso es que, al parecer, de la profundidad de la tierra surge un lacerante y agudo silbido, como si una gran serpiente se abriese paso desde el corazón del mismísimo Averno; y tal que si

fuese en su reptar arrasando lo que encuentra a su paso, se va levantando una extensa nube de ceniciento amarillo azufrado que en pocos minutos cubre grietas y huecos, llenando los agujeros hechos por las granadas y los obuses. Luego, la infernal serpiente calla su silbido y permanece quieta, inmóvil, o desaparece, dejando su hedorosa estela a merced de los vientos que la van desmenuzando hasta dejar de ella tan sólo sus terribles consecuencias: hombres tosiendo, sin aliento, a uno y otro lado, según el viento que sople, de la "tierra de nadie" que separa el frente.

Pero lo más misterioso de estos cuentos – quizás sólo sea eso: cuentos de pueblerinos y gente sencilla que sometidos a tanta crueldad han de echar mano a la simplicidad del mito para dar sentido a lo que les supera el entendimiento – es que algunos, los menos, entre la nube han creído distinguir figuras casi humanas si no fuera porque en lo que debía de ser el rostro tenían unos enormes ojos redondos y un nariz muy larga, tirando a trompa. Ni qué decir que para los pocos que vieron esto se trataba de una cohorte de mismísimos demonios escoltando al reptil de la muerte.

Tarde

Tengo miedo. He vuelto a la "zona enferma" para encontrarme con el soldado que me puso en antecedentes y, cuando he tratado de inyectarle algo de cocaína para despertar su lucidez y comprobar si era capaz de repetir las mismas palabras que me susurró al oído

aquel día cuando me retuvo por la manga de la bata, el rictus normal de la cara se le ha cambiado por la contracción de sus músculos; creí que le había hecho daño con la aguja pero de inmediato, sintiendo un embate de calor de esos que se padecen al decir algo inapropiado de un sujeto que tú creías ausente pero que está a tu lado, me di la vuelta y comprobé que el barbado capellán estaba tras de mí y yo no era capaz de saber si había sido mucho el tiempo el que había permanecido allí.

Intenté disimular y oculté en la bocamanga de mi bata la jeringa, posé la mano en la frente del enfermo y a los pocos segundos me retiré con el corazón a mil cañonazos de 180 mm por minuto.

El capellán, menos enjuto que nunca, no dejó de arrasarme con sus ojos ni un instante y antes de marcharme por la puerta pude verle como, nervioso y con insistencia, le susurraba a aquel soldado que, casi espasmódicamente, negaba una y otra vez, hasta que de pronto cesó el movimiento de su cabeza, y el capellán, girando el cuello hacia la puerta me ha encontrado en ella mirándole. Creo que piensa que he hablado con el enfermo más tiempo del que realmente él sabe...

Madrugada

No he resistido la desazón que me ha producido todo lo ocurrido en la tarde y mi curiosidad, de nuevo, me ha llevado al hospital. Todo me ha parecido normal. Mi soldado parece dormir tranquilo. El tacto hipodérmico de la aguja me reconforta ante el temor de ser un

incrédulo santo Tomás que necesita meter sus dedos en una herida para poder creer. Dentro de no mucho amanecerá para todos, incluso para las serpientes...

XXXX

" Quedamente sueña la pétrea construcción:

el jardín de los huérfanos, el oscuro hospital,
un barco rojo en el canal.

Soñando suben y se hunden en lo oscuro
seres humanos en putrefacción,

y de las puertas negruzcas

salen ángeles de frías frentes:

azules, las quejas de muerte de las madres"

XXXX

A partir de este punto, cualquiera puede poner en duda la veracidad de mis palabras y mi defensa de ellas, por necesidad, sería débil pues, a pesar de ser yo quien las escribe, no soy testigo de todos los hechos que en ellas se recogen. La reconstrucción de los días - con seguridad no sé cuántos - que han transcurrido desde aquella madrugada en que por vez última vi a aquel soldado en el granero hasta ayer mismo en que volví a tener plena consciencia de mí, se la debo a un tal Zweig. Así pues, verdades o mentiras no han de achacárseme a mí.

CERTAMEN

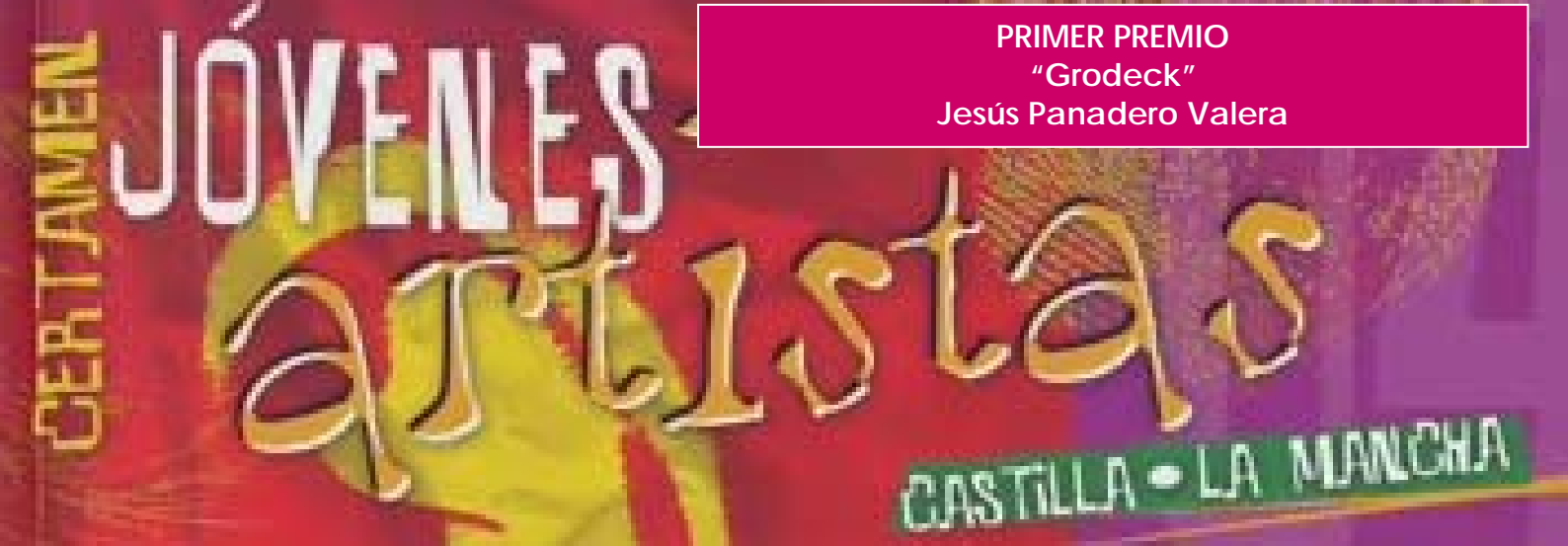
JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

De primeras, me dijo que estábamos en las primeras fechas de Noviembre – no sé por qué no me podía decir exactamente el día – y que estaba en Cracovia, ingresado en un hospital para desequilibrios nerviosos. Al parecer ingresé hace una semana, ya dormido, y que ayer fue la primera vez que me permitieron despertar. Fue entonces cuando me encontré delante de mí al tal Zweig. Llevaba entre sus manos mi máspreciado bien: mi cuaderno. Cuando me lo entregó yo le pregunté de dónde lo había sacado; y, como si con él no fuera la cosa, con parsimonia, contestó que de mí. Que quienes me trajeron lo hicieron sin haberme siquiera quitado todo el barro – y era mucho – que manchaba mis ropas y mi cuerpo, aprisionado por una prenda de fuerza, y que como me habían asignado a su cuidado, no tuvo más remedio que proceder a mi limpieza y así, quitándome la ropa, entre ellas, bueno, más bien entre mis calzoncillos y mi piel, halló, envuelto entre periódico y un fino lienzo de cuero, el cuaderno; y que pensó guardárselo hasta encontrarle algún beneficio, pero que como no era muy dado al uso del lápiz y el papel, y viéndolo gastado en más de dos tercios de sus hojas, lo cual dificultaba su venta, decidía pues devolvérmelo.

Le pregunté qué me había ocurrido. Calló y guardó silencio unos instantes, un silencio en el que creí adivinar inseguridad. Le rogué que me contestara, que tenía el recuerdo como una pared recién pintada de blanco, y que comprendiera mi necesidad de que alguien pusiera sobre ella algún dibujo que diera fe de que los días



de esa semana realmente habían sido vividos. Al fin se aventuró a decirme, casi en un tono de disculpa, que algo no muy limpio debió de ocurrirme en Grodeck durante la retirada de nuestras tropas, porque, pese a estar en un hospital, tenía una condición de ingreso más propia de un arresto que de un enfermo, ya que estaba aislado del resto. Me contó también que todo lo que se disponía a relatarme era fruto y trabajo de su curiosidad, pues no en vano venía de pueblo pequeño en donde el arte de saber de los demás estaba muy trabajado; que había preguntado lo justo y escuchado lo que no debía un mucho, y que entre lo uno y lo otro, en claro, claro, había sacado que un cura me había acusado de robar las medicinas de los heridos para disfrute propio, medicinas, por cierto, encomendadas a mi responsabilidad. Que amaneciendo, fueron a arrestarme y no me encontraron en mi tienda, la cual registraron, hallando no toda la cocaína que en su momento fue inventariada; que había permanecido casi todo un día desaparecido, según se creía, en la llamada "tierra de nadie", y que ya nadie esperaba encontrarme con vida, hasta que, a la mañana del día siguiente, emergí como resucitado en nuestras posiciones que empezaban a ser desmanteladas a toda prisa. Aparecí fuera de control, más flaco y pálido que nunca, ojeroso hasta lo morado, lleno de lodo de pies a cabeza, y vociferando, como si de un falso profeta sin desierto se tratara, sobre tal o cual culebra de los Infiernos. Cuatro fueron los hombres que tuvieron que reducir el demonio que sublevaba, con

esa furia, tan enclenque naturaleza no sin antes empaparme bien de cloroformo en contrarrestación de toda la cocaína que, por supuesto, no encontraron en mis bolsillos. Y acabando de decir esto, Zweig completó su relato, la última vez que volvimos a hablar, añadiendo que, en cualquier caso, sólo yo podía saber de veras lo que había sucedido.

Por desgracia, releendo el cuaderno sospecho que las drogas no les importaban nada a quienes fueron a mi tienda.

Presiento que dos grandes amenazas me acechan: mi misterioso y susurrante capellán y, sobre todo, mi orfandad de aguja.

He de tener cuidado con mi cuaderno. Restituido el orden en nuestra retaguardia, no tardará el capellán en averiguar que sigo vivo.

XXXX

Es la primera vez que me han dejado salir de mi "habitación" a un patio trasero. Está nevado. ¡Qué no daría porque todo este blancor fuera el de la cocaína!, o aunque solo fuera el de un copo para impregnar un cigarro que me ayudara a aliviar esta depresión, este continuo viaje de mi cabeza hacia el espanto de Grodeck, este estar en vilo creyendo ver en todas partes, en cada rincón, en cada esquina, a la figura barbada del susurrante. Aliviar mi cabeza de ese hedor a carne ardiendo, de ese ejército de muñones suplicantes...

Caro me están haciendo pagar mi debilidad. Es invierno pero sudo, sudo carámbanos que me hielan el espinazo al recorrerlo.

Aún conservo una carta que me parece que nunca podrás leer mi rosado ángel.

Noche

Aprovecho la luz de la luna que se cuele por el ventanuco de mi "habitación" para escribir sin más objeto que tener la mente ocupada y lejos de Grodeck, y, al amparo de la noche, sentirme seguro de la sensación de que unos ojos, enérgicos e incoloros, traspasen el silencio de mis labios y lleguen a lo profundo de mis pensamientos donde, enroscada y entre brumas amarillas, dormita el silbido de un día del que apenas sé si lo he vivido.

XXXX

"Sueño y muerte, las lúgubres águilas
baten en las noches su rumor en torno a esta cabeza:
a la imagen áurea del hombre
devoraría la onda helada
de la eternidad. En arrecifes tenebrosos
se destroza el cuerpo purpúreo
y la oscura voz se queja
sobre el mar.

Hermana de tempestuosa melancolía
mira una barca medrosa se hunde
bajo estrellas
bajo la faz silenciosa de la noche"

XXXX

Me han vuelto a sacar un rato al patio, pero otra vez solo.

No da mucho el sol en esta especie de cuadrado cuyos lados se alzan como llamaradas de ladrillo rojo hacia el plomo de los cielos de Cracovia.

Cuando inicié el juego que acostumbro en mi "habitación", ese de imaginarse uno andando por las paredes como si tal cosa, que parece que andas tumbado, y por el techo, que es como si te hubiesen puesto del revés; y después de recorrer tres de los muros y pasearme por el único que tiene ventanas, al fijarme en una de ellas para imaginar qué podía haber dentro, libros tal vez, supe que pronto acabaría mi tratamiento hospitalario.

Aquella eléctrica mirada que se me clavó a través de los cristales lo supo también.

XXXX

¡Qué premonición tan hermosamente literaria es que se le estén acabando las hojas al cuaderno! Desde que me restituyeron a mi "habitación" y he descubierto sobre la pequeña mesa el familiar destello del cristal graduado de una jeringuilla cargada con su ansiada disolución, me he sentido como un orgulloso patricio romano que, habiendo sido descubierto en alguna conjura política contra el tirano de turno, se tiene que quitar la vida en mitad de un espléndido banquete de despedida con amigos y la agradable voz del rapsoda declamando armonioso los versos de la "Eneida", para preservar el

honor propio y el de los antepasados además del patrimonio de la familia. No obstante, pese a todo lo ocurrido, me lanzo a la barca de Caronte sin saber muy bien el exacto motivo de embarque, a no ser que sea por todo el asco que siento en mí y por mí, y ése es un motivo más que justificado.

Esconderé el cuaderno y la carta para mi dulce Grete bajo el colchón en previsión de que el buitre de Zweig no me defraude y acuda antes que nadie a mi carroña.

Aquí dejo mi último poema como testimonio no de la guerra sino de mi guerra. No sé si será conservado para ser leído el día de mañana, la verdad, no me importa. Alea jacta est.

"Siempre estoy triste cuando estoy feliz".

GRODECK

"En la tarde resuenan los bosques otoñales
de armas mortales, las llanuras doradas
y lagos azules, sobre ellos el sol
rueda más lóbrego; abraza la noche
moribundos guerreros, la queja salvaje
de sus bocas destrozadas.

Pero silente se reúne en los prados
roja nube, allí habita un dios airado,
la sangre derramada, frescura lunar.

Todos los caminos desembocan en negra putrefacción.

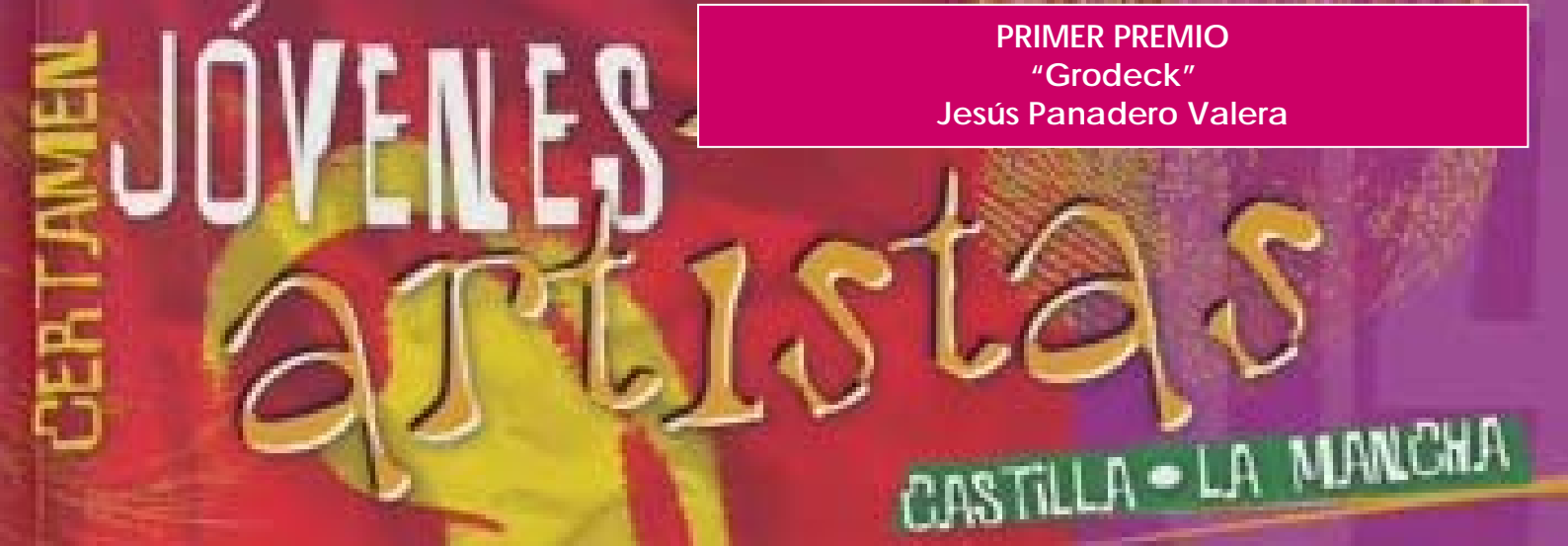
Bajo el áureo ramaje de la noche y las estrellas

oscila la sombra de la hermana por la arboleda silenciosa
a saludar los fantasmas de los héroes, las cabezas sangrantes;
y suaves suenan entre juncos las oscuras flautas del otoño.
¡Oh duelo más orgulloso! Oh altares de bronce,
a la ardiente llama del espíritu hoy alimenta un inmenso dolor,
los nietos no nacidos."

Hess vertió su tercer vaso de agua de la jarra de cristal que había sobre su escritorio y suspiró profundamente al pasar la última hoja escrita y antepenúltima de todo el cuaderno.

- Eso es todo, Señor. Puro delirio de un drogadicto con ínfulas de poeta; puro brote esquizofrénico motivado por las extremas circunstancias que le habían tocado vivir; y tanta química por su cuenta y riesgo le agravaron el proceso. – comentó Hess tras beber un sorbo de agua.
- Sí, eso es todo, demasiados venenos juntos: literatura y drogas – susurró el otro recogiendo y guardando en una cartera de piel el cuaderno de tapas negras desgastadas.

Hess le acompañó hasta la puerta y estrechándose las manos se despidieron. El Coronel Médico volvió hacia su escritorio, se sentó y tomó un nuevo sorbo de agua. Se sentía aliviado y eso a un psiquiatra le daba qué pensar. ¿Qué posible trastorno podía ocultar el alivio nervioso experimentado por perder de vista a ese alto oficial alemán del Contraespionaje del Kaiser Guillermo? ¿O quizás el alivio



provenía del hecho de no tener que ver más aquella lívida cicatriz que en diagonal le surcaba la cara de pómulo a barbilla, ni de tener que aguantar su desquiciante y susurrante tono de voz?.

“Sobre este particular algo creo que ha escrito un tal Freud. Tal vez convenga leerlo” se dijo a sí mismo Hess.